

## INICIACION A LA VIDA DE UNION CON DIOS

por Klemens TILMANN \*

### 1. *Presentación deficiente de la vida cristiana.*

La fórmula característica de la vida cristiana que define la época catequística anterior a la nuestra, y que se repite aun hoy día con ligeras variantes en muchos catecismos, está resumida en la contestación a la segunda pregunta del catecismo. Después de responder, a la primera, que «estamos en este mundo para cumplir la voluntad de Dios y de ese modo ganar el cielo», añade el catecismo: «¿Y qué debemos hacer para ir al cielo?» Contesta: «Para ir al cielo, debemos: 1.º, creer; 2.º, cumplir los mandamientos; 3.º, servirnos de los medios que aseguran la salvación.» Semejante enumeración encierra variedad de elementos indudablemente positivos. Y de ahí deriva la división tripartita del catecismo, tan generalizada: Credo, Mandamientos y medios de salvación. Abonaba este encasillado una larga tradición iniciada por Auger (1563) y difundida ampliamente por los catecismos de Deharbe (1847)<sup>1</sup>.

Examinada más a fondo, dicha concepción resulta bastante man-

---

(\*) En el campo catequístico es universalmente conocido el nombre del Dr. Klemens TILMANN, del Oratorio de Munich. Baste decir que es uno de los dos principales autores del nuevo y ya tan célebre Catecismo alemán. Su-  
yas son también, en buena parte, las páginas de las correspondientes «Guías»  
para los catequistas. Además, sabido es que el Dr. TILMANN ha sido nombra-  
do miembro de una comisión preparatoria del próximo Concilio, en calidad  
de experto en catequética.

Sus numerosas publicaciones de pedagogía religiosa tratan, entre otros te-  
mas, de metodología práctica para iniciar al cristiano en la vida de unión  
con Dios, en la liturgia, el apostolado y la castidad juvenil. Una de sus ca-  
racterísticas más notables es, además de su profunda unión, la admirable  
síntesis que consigue entre doctrina y vida, ciencia y experiencia: no en va-  
no está el autor en continuo trato con el mundo estudiantil. Buena prueba  
de esto la encontrará el lector en el presente artículo e incluso en la recen-  
sión que ofrecemos de varias de sus obras (*infra*, pág. 103 ss.).

Réstanos agradecer vivamente al Dr. TILMANN su colaboración en nues-  
tras páginas, tan generosa por su parte como honrosa para nosotros. (N. de  
la R.)

<sup>1</sup> WEBER, *Zurück zu Deharbe?*, Katechetische Blätter, 1947, p. 67.

ca. Nos presenta la fe y la vida cristianas, nuestras relaciones con Dios, exclusivamente como una imposición que cumplir y un gravamen que soportar. En este caso apenas cuentan, en la vida del cristiano, nuestra condición y relaciones de hijos de Dios rescatados que tratan con su Padre; ni la correspondencia alegre y agradecida a las maravillas del amor divino; ni la imitación de Jesucristo; ni, finalmente, el progreso espiritual del alma bajo la influencia del Espíritu Santo, que habita en nosotros como principio renovador de vida. No se ve a Dios, con sus provisiones amorosas, su gracia y amor, como raíz y fundamento de la vida cristiana, sino el deber, la obligación y el mandato, a cuyas exigencias ha de plegarse el obrar del hombre.

## 2. *Su proyección en los exámenes de conciencia.*

Los inconvenientes de esta presentación unilateral de la vida cristiana se ven claros en muchos formularios de examen de conciencia que corren por los libros. Las listas de preguntas siguen el orden de los mandamientos. El mandamiento de la caridad y los preceptos del Evangelio no figuran de ordinario. Aún más: precisamente allí donde el cristiano debía examinar sobre todo sus relaciones para con Dios, esto es, en el primer mandamiento, se encuentra a menudo con una serie de cuestiones que dejan de lado lo esencial. Veamos un ejemplo sacado del libro oficial de preces de una diócesis.

*«Primer mandamiento: Fe y oración. ¿Te has entretenido voluntariamente con dudas contra la fe? ¿Has hablado, te has mofado, por ligereza, de la fe, de la Iglesia, del clero? ¿Aprobaste semejantes conversaciones? ¿No has defendido, por respeto humano, la fe o la Iglesia? ¿Has leído, recomendado o pasado o otros libros o escritos contra la fe? ¿Has frecuentado reuniones o asociaciones de sectas contrarias a la Iglesia, leído sus libros o escritos? ¿Has renegado de la fe? ¿Adhiriéndote quizá a sociedades prohibidas por la Iglesia (librepensadores, francmasones, ligas de incineración), contrayendo matrimonio civil, o bien matrimonio mixto ante ministro no católico, no educando los hijos en católico, apostatando o desertando de la Iglesia? ¿Has pecado por superstición (echar las cartas, cadena de cartas, astrología)? ¿Has dejado por algún tiempo tu oración cotidiana? ¿No has rezado por los demás? ¿O rezado las oraciones sin piedad ni respeto?»*

Todo el cuestionario, aun los tres últimos puntos, se refieren al cumplimiento de los mandamientos y obligaciones. Ni una sola pregunta sobre las relaciones vitales con Dios. Es para temblar cuando uno piensa que Jesús condenó expresamente esta deformación y mentalidad en la parábola del publicano y el fariseo. Al fariseo,

que había observado todos los mandamientos y algo más; que, al menos según el susodicho cuestionario de examen de conciencia, no se reconocía con ningún pecado, se le declaró no justificado. Lo cual significa que dichas disposiciones y tales exámenes omiten lo esencial y nos inducen a error acerca de la voluntad de Dios y de nosotros mismos.

### 3. *El remedio: la iniciación a la oración.*

En este sistema que ha dominado nuestra enseñanza de la religión, tan unilateralmente centrado en el cumplimiento de un deber y en la observancia de un mandato, puede abrir brecha liberadora un elemento nuevo que está tomando mucha importancia en la catequesis: es la iniciación y enseñanza —teórica y práctica— de la oración. Ya no se habla del tema como hasta el presente, incidiendo particularmente en la enojosa carga impuesta y obligación de rezar, y en las cualidades de la oración, sino que se tiende a despertar apetencia y vida de oración, revalorizando sus incontables recursos: invocación y coloquio, adoración y admiración, confianza y entrega, arrepentimiento y amor, gozo y acción de gracias, etc. Se buscan la manifestación y expresiones vivenciales, provocadas no por el mandato exterior, sino por la contemplación de Dios que se revela y de sus obras, y por el movimiento interior de la gracia. Al hijo de Dios no se le debe llevar por otros caminos que la conversación gozosa y agradecida con su Padre. Entonces sentirá abrirse y enriquecerse su vida. Las formas que pueden favorecer y encuadrar la vida de oración son múltiples: oración afectiva, preces de memoria, rezos sacados de un libro, plegaria interior o acompañada de recitación comunitaria, contestaciones litánicas, oración en alta voz o en silencio, seguida o con repeticiones, privada o litúrgica. La catequesis no se contenta hoy día con transmitir nociones; se ha convertido en lugar donde se practica la vida cristiana, en lugar de oración. No se puede retroceder de la posición conquistada.

### 4. *Concepto de la vida cristiana según el Nuevo Testamento.*

Cuanto más penetra el pensamiento bíblico en la catequesis, tanto más gana en hondura y vitalidad la consideración de la vida cristiana. En la enseñanza de las verdades cristianas, las nociones abstractas cada vez ceden más terreno al Dios viviente, operante

y acogedor, que se comunica y nos llama a la conversión, que ilumina, santifica y atrae hacia él por el amor. Cada vez se considera más la vida cristiana como correspondencia y respuesta amorosa al Dios vivo. Porque *la vida cristiana es muy distinta, en su esencia, de la observancia punto por punto de los mandamientos limitativos y del cumplimiento de las obligaciones determinadas jurídicamente*. Se distingue por su estructura y naturaleza, como el árbol difiere de la obra plástica. El principio que preside la formación de la vida espiritual no es una ley que venga del exterior (que sólo posee el carácter y garantía externos), sino un principio nuevo de vida interior, que San Pablo llama «la ley del Espíritu» o «la ley de Cristo» (Rom., 8, 2, y I Cor., 9, 21). Es la respuesta, transida de vida y amor, al Dios que se nos revela misericordioso y enamorado; respuesta que brota de lo más profundo del corazón humano. Es la vida de imitación de Jesucristo. Es el cumplimiento del máximo mandamiento de la caridad, que nos invita a corresponder a las pruebas de amor de nuestro Dios. Es el nuevo nacimiento por el bautismo y nuestra inserción en Cristo. Es el Espíritu Santo derramado en nosotros. Por esto dice Santo Tomás de Aquino: «La ley nueva es principalmente la gracia del Espíritu Santo.» Que no es otra cosa que la repetición de las enseñanzas de San Pablo en la epístola a los Romanos y en la de los Gálatas.

Si a los niños les formáramos en este espíritu de vida cristiana, no sólo su oración, sino su vida espiritual toda se vería libre de esa estrechez que censuramos y de todo minimismo enojoso y deprimente. Su modo de comportarse con Dios y con las criaturas se amoldará entonces al modo de ser y obrar divinos y a los designios que El se propuso al crearnos. La mirada interior del cristiano no se centrará ya sobre unas prescripciones o deberes que cumplir, sino sobre esa realidad de un Dios vivo y de su creación. Lo que supone un adelanto y ganancia incomparables.

Si queremos condensar esta nueva adquisición en una frase catequística breve, sencilla y completa, accesible a los niños, a los adolescentes y adultos, preferimos esta fórmula: «*Vivir unidos con Dios.*» Dios no quiere sólo que creamos, recemos y obedezcamos, sino que *quiere vivamos unidos con El*. La invitación es para todos los bautizados; ésta es nuestra meta, que constituirá nuestra dicha y empeño, ahora y por toda la eternidad.

### 5. ¿Qué significa «Vivir unidos con Dios»?

Para comprender la riqueza y contenido de esta expresión, nada mejor que comparar la unión del cristiano con Dios a la que media entre los hijos y sus padres, cual existe en las buenas familias con los hijos a lo largo de los años. Veamos el paralelismo aleccionador.

#### *Hijos y padres*

1. El niño ve a sus padres y sabe que están con él.
2. Los padres son para el niño lo más importante y quiere estar siempre en su compañía. (Llorra cuando cree que se ha perdido. Nostalgia.)
3. El niño sabe que depende en todo de los padres y que todo lo recibe de ellos.
4. Junto a los padres, el niño se siente en casa, protegido.
5. Les cuenta todo cuanto le ocurre, y conversa con ellos.
6. Escucha lo que sus padres le dicen.
7. Les da las gracias cuando recibe algo.
8. El niño pide, a menudo con entera seguridad de que obtendrá lo que desea.
9. Les dice: «Buenos días», «buenas noches».
10. Imita a sus padres, muchas veces aun en las menores insignificancias.
11. Acepta los juicios paternos sobre las personas y las relaciones de amistad. Cuando mayor, acude a la opinión de los padres si no sabe qué partido tomar en ciertas situaciones.
12. En las dudas sobre cuestiones morales, se pregunta: «¿Qué dirían a eso mis padres?»
13. El buen hijo obedece gustoso.
14. El niño sabe que sus padres se preocupan de él y buscan lo que mejor le conviene.

#### *El cristiano y Dios*

El cristiano piensa en Dios y sabe que Dios está presente.

Para el cristiano, Dios es lo más importante. Ha optado por El desde lo íntimo, vive de esta decisión y quiere estarle unido en toda circunstancia.

El cristiano sabe que todos sus bienes los recibe de Dios y que sin cesar depende de la voluntad divina, que le conserva, y de la gracia. Lo mismo. «La sombra de tus alas me protege» (Ps., 16, 8).

El cristiano también une su vida a Dios por medio de la oración y habla con El de cuanto le atañe. El cristiano escucha la palabra divina.

El cristiano agradece los beneficios de Dios.

Lo mismo. «Pedid y se os dará» (Mat., 7, 7).

El cristiano reza las oraciones de la mañana y de la noche.

Se esfuerza por imitar a Dios. «... que seáis hijos de vuestro Padre» (Mat., 5, 45). «Sed imitadores de Dios» (Ef., 5, 1). «Sed misericordiosos, como vuestro Padre celestial es misericordioso» (Luc., 6, 36).

Procura juzgar como Dios y apropiarse el modo de pensar divino.

Trata de conocer cómo enjuicia Dios las acciones que él realiza o puede realizar.

«En hacer tu voluntad, Dios mío, tengo mi complacencia» (Ps., 39, 9).

El cristiano está cierto de que Dios todo lo ordena al mayor bien (Cf. Rom., 8, 28).

15. Sabe que los padres cumplen lo prometido, y se goza de ello. El cristiano descansa en las promesas de Dios y vive en gozosa esperanza.
16. Se deja llevar de la mano, y más tarde se deja aconsejar. «El me guía por el recto camino» (Ps., 22, 3).
17. Si los padres tienen razón, él fácilmente lo ve y se la otorga. El cristiano reconoce siempre la rectitud de Dios. «Justo es tu juicio» (Ps., 50, 6).
18. Cuando el niño falta al deber, si los padres se muestran «malos», desea que de nuevo sean «buenos» con él y les pide perdón. «¿Hasta cuándo, oh Yavé? ¿Habrás de estar airado para siempre?» (Ps., 78, 5). «Perdóname todos mis pecados» (Ps., 24, 18).
19. Acepta el castigo que le imponen por el mal comportamiento. «Conozco, ¡oh Yavé!, que son justísimos tus juicios y que con razón me afligiste» (Ps., 118, 75).
20. Cuando no se siente bien o está apenado, lo dice a su madre. El cristiano pone su pesar en manos de Dios (Cf. Ps., 87).
21. Le parece muy normal que los padres hablen a solas de asuntos que él no entiende o que no le incumben. «Cuanto son los cielos más altos que la tierra, tanto están mis caminos por encima de los vuestros, y por encima de los vuestros mis pensamientos» (Is., 55, 9).
22. Se conforma, si los padres se ven precisados a pedirle algo que le molesta. Es paciente en el dolor y en las contrariedades.
23. En ocasiones muestra su cariño con abrazos y besos. El cristiano ora de todo corazón y se une a Dios íntimamente en la mesa de la Sagrada Eucaristía.

También el prójimo y las realidades terrenas han de tener cabida en la relación entre el hombre y Dios.

24. El niño vive gracias al cuidado paterno. El cristiano sólo vive de los favores divinos.
25. Come a la mesa de los padres. Come a la mesa del Señor.
26. Tiene los propios objetos como prestados; no puede, por ejemplo, tirar su abrigo u otras prendas de vestir, y si lo hace se le pide razón de ello y es castigado. Sabe que es administrador y que deberá dar cuenta de cómo haya administrado.
27. Sabe que la disposición de las cosas dentro de casa, así como los cultivos del campo, dependen de la voluntad de los padres. «Suyo es el mar, pues El lo hizo; suya la tierra, formada por sus manos» (Ps., 94, 5). «El sacia a los altos árboles, a los cedros del Líbano que plantó» (Ps., 103, 16).
28. Al trabajar en el campo, el hijo lo hace según el plan de su padre. El cristiano piensa en los designios de Dios y se esfuerza por ajustar a ellos las realidades del mundo.
29. Sabe que los padres aman a los demás hijos igual que a él y desean que todos se porten bien. El cristiano trata de haberse con los hombres lo mismo que el Padre celestial. «Amad... para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que hace salir el sol sobre buenos y malos» (Mat., 5, 45).
30. «Aguarda que venga mi padre», dice el niño cuando otros le molestan. «No os toméis la justicia por vosotros mismos, amadísimos, antes dad lugar a la ira; pues escrito está: A Mí la venganza, Yo haré justicia, dice el Señor» (Rom., 12, 19).

- |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                         |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                           |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <p>31. Los hijos mayores toman parte en las preocupaciones y proyectos de los padres.</p> <p>32. Administran según las intenciones de los padres lo que éstos les encomiendan.</p> <p>33. Los buenos hijos prestan atención a los deseos de sus padres.</p> <p>34. Preguntan a sus padres: «¿Puedo ayudar en algo? ¿Qué he de hacer ahora?».</p> <p>35. Dirigen la mirada a sus padres con respeto.</p> | <p>El cristiano colabora con la acción divina, para traer el mundo a los planes de Dios.</p> <p>El cristiano procura ejercer según los designios de Dios las funciones que El le ha confiado.</p> <p>El cristiano vela por cumplir los deseos e intenciones de Dios.</p> <p>Se ofrece a Dios: «Hágase tu voluntad».</p> <p>«Te alabaré por el maravilloso modo en que me hiciste. ¡Qué admirables son tus obras!» (Ps. 138, 14). «Quiero, ¡oh Yavé!, darte gracias de todo corazón, cantar tus maravillas» (Ps., 9, 2). «No hay nadie como Tú» (2 Sam., 7, 22). «Que pueda yo hablar de tu nombre a mis hermanos y ensalzarte en medio de la asamblea» (Ps., 21, 23).</p> |
| <p>36. Celebran las fiestas del padre y de la madre.</p>                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                | <p>Solemizamos las fiestas del Señor. «Este es el día que el Señor hizo; alegrémonos y regocijémonos en él» (Ps., 117, 24).</p>                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                           |
| <p>37. Ofrecen regalos a los padres.</p>                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                | <p>Celebramos el Santo Sacrificio y ofrecemos dones materiales.</p>                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                       |
| <p>38. Velan por el honor paterno.</p>                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                  | <p>«Respóndeme, Yavé; respóndeme para que todo este pueblo conozca que Tú, ¡oh Yavé!, eres Dios y que Tú conviertes a Ti su corazón» (1 Reg., 18, 37).</p>                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                |
| <p>39. Tratan de corresponder al amor de los padres, y en toda circunstancia les guardan profundo cariño.</p>                                                                                                                                                                                                                                                                                           | <p>«¿Qué podré yo dar a Yavé por todos los beneficios que me ha hecho?» (Ps., 115, 3). «Yo salto de gozo a la sombra de tus alas» (Ps., 62, 8)<sup>2</sup>.</p>                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                           |

## 6. La educación de la unión con Dios en la catequesis.

No exageramos si decimos que el principal fin práctico de toda catequesis es enseñar a los niños a vivir unidos con Dios. Toda catequesis se presta a dicha obra de formación; pero ciertas circunstancias la favorecen especialmente.

1) *El método de los cinco primeros minutos.*—Para iniciarles en la oración, no hay como servirse de esta experiencia comprobada: durante varias semanas y aun meses, se dedican los cinco pri-

<sup>2</sup> Si aplicamos estas comparaciones a adultos, es preciso recordar que en ellas no pueden aparecer todos los aspectos de la vida cristiana. Particularmente, en el paralelismo que aquí se ha venido haciendo, la majestad y santidad divinas, el absoluto dominio de Dios y los caminos de su justicia, así como nuestra debida actitud frente a estas realidades, sólo han podido sugerirse imperfectamente o incluso han tenido que silenciarse del todo. En la formación para la vida cristiana completa no hay que omitir tales aspectos.

meros minutos de la explicación de catecismo a exponerles un punto particular de la vida de oración, haciéndolo versar de modo práctico sobre un momento o circunstancia de la vida cotidiana. Puede procederse del mismo modo, para entrenar a los niños en la vida de unión con Dios. Cada uno de los números del paralelo arriba expuesto puede dar un tema —que ha de presentárseles con unción, como en los días de recolección o retiro— cuya aplicación práctica debe ser el propósito de toda la semana.

Si la semana abarca varias lecciones de catecismo, bastará recordar cada vez la práctica escogida, con intercambio de experiencias y acaso nuevas motivaciones. Se requiere, al menos, una semana para dicha realización y crear cierto hábito.

2) *La enseñanza de la Biblia.*—Casi en todas las catequesis acerca de la Biblia hablamos de la conducta de Dios con el hombre y de la correspondencia de éste a la acción divina: unas veces, escucha, cree, obedece a Dios y realiza sus designios, confía en sus promesas y obra en consecuencia, recibe con agradecimiento sus beneficios, adora; o bien el hombre se cierra a Dios, no le escucha, se opone y hace fracasar sus planes, camina a la propia ruina, y, llamado de nuevo por Dios, se convierte. Allí vemos cómo trata el hombre a otros hombres y usa de las cosas de la creación, se rige por los planes e intenciones de Dios; o se sirve de los hombres y de las criaturas contra su divina voluntad; vemos si los hombres se comportan como buenos o malos administradores, como buenos o malos hijos o hijas del Padre celestial. *En todos los relatos bíblicos se plantea el problema de la acción y palabra de Dios, por una parte, y de la respuesta buena o mala del hombre, por otra.* Nuestra enseñanza insistirá, pues, en mostrar constantemente cómo obra Dios y ha de responder el hombre, para evitar caer en la desdicha. Por consiguiente, la enseñanza bíblica nos ofrece siempre ocasión de hablar de las relaciones con Dios —acción suya y respuesta nuestra—; en una palabra, de la *vida de unión con El*.

Mas veamos el modo exacto de vivir esta unión, considerando *la vida de Jesús*, nuestro modelo acabado. Como es el Hijo del Padre, y le conoce perfectamente, le ama con amor exclusivo y sin medida; considera a los hombres y al mundo como obra del Padre, conoce y cumple en todo su voluntad, y no vino al mundo sino para estar unido a El. Ejercicio muy útil de meditación personal, así como para los jóvenes que debemos adoctrinar, será buscar,

para cada párrafo del paralelo establecido anteriormente, la palabra o escena correspondiente sacada de la vida de Jesús donde nos enseña a vivir unidos con su Padre.

Tomemos un ejemplo particularmente sugestivo. Corresponde a los números 7, 27, 28, 38 del paralelo antedicho. Al regresar los discípulos de su primera misión apostólica, contaron, llenos de gozo, cuanto habían hecho. Mas Jesús iba más lejos. Sabía que todo era obra del Padre, se gozaba en darle gracias, expresando su alegría en estos términos: «Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeñuelos» (Lucas, 10, 21). Esta manera de considerar los acontecimientos visibles y la respuesta espontánea del corazón son bello ejemplo de la unión de Jesús con el Padre.

3) *Utilización de los salmos.*—Podemos también explicar qué es la unión con Dios, por medio de los salmos, que no se limitan, ciertamente, a la observancia de los mandamientos. En ellos encontramos todas las manifestaciones de la vida de unión con Dios: alabanza y acción de gracias, adoración y reverencia, arrepentimiento y penitencia, petición y sollozo, entrega y súplica, ofrenda de toda nuestra vida al Señor, meditación de sus obras y conducta, de su acción en las almas, luces, gracias, protección y consejos a cada una.

Incluso los niños pueden rezar los salmos. Escogiéndolos con tino o entresacando lo más apropiado, en traducciones adaptadas, podremos enseñarles de modo práctico muchas cosas de la unión con Dios que no mencionan los mandamientos expresamente y que sin embargo entrañan relaciones de todo buen hijo con su Padre. Sería útil un «salterio de los niños», para utilizarlo, de cuando en cuando, como oración para el comienzo y fin de la lección de doctrina y para determinados temas. Cuán fecundas serían las siguientes expresiones, tan oídas y repetidas en la oración: «Que toda la tierra glorifique al Señor»; «Todo viviente alabe al Señor»; «Tu derecha me sostenga»; «Me gozo a la sombra de tus alas»; «Cuán amables son tus moradas, Dios de los ejércitos»; «Da el sustento a las crías del cuervo que claman»; «Los árboles del Señor son saciados de agua»; «Todas las criaturas esperan en ti»; «El Señor es mi luz y salvación, ¿a quién temeré?»; «Como el padre tiene compasión de sus hijos, así el Señor la tiene de todos los que le temen»; «Aun cuando tuviera que caer en el abismo más sombrío,

no temería ningún mal, porque tú estás cerca de mí», «Todos los pueblos que creaste deben rendirte gloria, Señor, porque tú eres grande y obras maravillas, tú, el único Dios».

Con estas oraciones comprende fácilmente el niño lo que es la vida de unión con Dios. Participa de los sentimientos del salmista y asimila un estilo de vida en el que Dios siempre está presente, donde todo se mira con los ojos de Dios, todo se considera y cumple con él, como dado y recibido de El.

4) *Lección de un reciente manual de religión alemán.*—Esta doctrina de la vida de unión con Dios ocupa puesto de honor en el manualito de religión que van a utilizar, probablemente en el catecismo alemán, las clases segunda, tercera y cuarta de la escuela primaria. Ya apareció la edición provisional de la tercera clase<sup>3</sup>. Antes de la primera confesión, presenta la enseñanza de la moral de manera positiva, y una introducción sobre cómo debe vivir un hijo de Dios. Los diez títulos principales reaparecen en el formulario para el examen de conciencia. El primero es: *Vivir con Dios*.

#### EL HIJO DE DIOS VIVE CON SU PADRE DEL CIELO

Jesús vivía totalmente embebido en su Padre celeste. Pensaba continuamente en El, orando y escuchándole. Jesús hacía todo por amor de Dios. Lo que el Padre celestial le pedía, lo cumplía al punto por obediencia; incluso los sufrimientos que le enviaba el Padre los soportaba pacientemente. Le daba gracias por todo y confiaba en Dios siempre. Sentía la protección de su Padre en toda circunstancia.

Al ver las flores y los pájaros pensaba: Mi Padre los ha criado hermosos y los alimenta. Cuando se acercaban a El los hombres, se decía: El Padre los ama; yo quiero amarlos como los ama el Padre y enseñarles el camino del cielo.

Aprendamos de Jesús a vivir unidos con Dios. Es lo más grande e importante de esta vida. Pensemos a menudo en Dios, amémosle de todo corazón y seamos su gozo.

*Cuando vivimos unidos con Dios:*

Pensamos con gusto en Dios.  
Saludamos a Dios muchas veces.  
Hacemos lo que gusta a Dios.  
Escuchamos con agrado la palabra de Dios.  
Hablamos a Dios de lo que preocupa nuestro corazón.  
Agradecemos en seguida a Dios cualquier beneficio.  
Confiamos siempre en la ayuda de Dios.  
Rezamos a Dios con toda confianza.  
Preguntamos a menudo a Dios: ¿Qué quieres de mí ahora?  
Cumplimos obedientes la voluntad de Dios.  
Decimos en los trabajos: Todo por Ti, Dios mío.  
Tratamos a los demás hombres como hijos de Dios.

<sup>3</sup> *In Gottes Liebe I*, Kath. Schulkommissariat in Bayern, München 2, Maxburgstrasse 2/III.

En la tentación, permanecemos fieles a Dios.  
 Después de un pecado, imploramos perdón en seguida.  
 En la desgracia, confiamos firmemente en que Dios la permite para nuestro bien.  
 Soportamos las dificultades por amor de Dios.  
 Comprendemos que sólo en el Cielo entenderemos los designios de Dios.  
 Somos felices sabiendo que Dios nos ama.  
 Nos alegramos de poder vivir eternamente con Dios.

*Reflexiona:* Todo hijo de Dios vive unido a su Padre celestial.

¿Qué piensa y qué hace?:

1. ¿Cuándo le sucede algo agradable?
2. ¿Al comenzar el trabajo?
3. ¿Al conocer su obligación?
4. ¿En las penas?
5. ¿En los éxitos?
6. ¿Cuando ignora lo que tiene que hacer?
7. ¿En la enfermedad?
8. ¿Al hacer un sacrificio?
9. ¿Al ver cometer un pecado?
10. ¿Cuando alguno le hace un favor?
11. ¿Cuando le sucede una desgracia?
12. ¿Cuando ve al prójimo necesitado?

*Sentencia para recordar:* «Vivamos unidos con Dios: Dios quiere que pensemos a menudo en El, le amemos y cumplamos su voluntad».

*Examen:* ¿Cómo es mi vida de unión con el Padre celestial? ¿De qué me olvido a menudo? ¿A qué debo prestar más atención en lo sucesivo?

*Canto:* (Traducción libre):

Busco en todo la mayor gloria de Dios.  
 El trabajo y el descanso sean para tu gloria, Señor.  
 A Dios ofrezco mi cuerpo y mi alma y toda mi vida.  
 Ayúdame con tu gracia, Señor. Amén.

El contenido y forma de esta lección nos enseñan lo que se puede inculcar a niños de ocho a nueve años, sobre este asunto. Claro es que toda la materia expuesta no cabe en un solo catecismo; se requieren varias semanas para tratar a fondo ciertos puntos.

#### 7. Iniciación de los pequeñines en esta vida de unión con Dios.

¿Cuándo debe comenzar esta formación de la vida de unión con Dios? Desde el momento que la madre habla de Dios a su hijito de tres años. No es aún capaz de enseñanza teórica, pero ya debe ir aprendiendo a portarse como debe: en la acción es donde aprende la verdad. Quizá sea una manzana la ocasión de poderle hablar de Dios. La madre pregunta de dónde viene la manzana, y le habla del Padre celestial, autor de todo lo criado. «El te envía esta hermosa manzana, vamos a darle gracias: Dios mío, te doy gracias por haberme regalado esta manzana preciosa. La comeré

con gusto.» De este modo aprende el niño lo que es recibir y agradecer. Pronto sabrá pedir y dar las gracias. Después oirá que Dios nos está mirando, nos guía y nos protege, nos ama y escucha y se complace en el bien, etc. Así, el niño de tres o cuatro años, iniciado por su madre, se encuentra naturalmente envuelto en una atmósfera de vida con Dios, que asimila a menudo con envidiable facilidad, ya que la gracia bautismal no está oscurecida aún por ningún pecado. Las experiencias y ejercicios a esta edad constituyen un tesoro insustituible.

#### 8. *Objeción teológica.*

Algún lector experimentará quizá cierto escrúpulo teológico al leer lo expuesto. Se preguntará si no debería distinguirse entre lo que es preceptivo y lo que va más allá de lo mandado, como por su parte hacen muchos viejos moralistas, quienes precisan entre «la moral», tratado de obligaciones impuestas a todos, y la «ascesis», que se refiere a actos no impuestos. Dicha distinción tan neta, sin embargo, no parece fácil sostenerla desde el punto de vista exegetico. Indubitablemente, el mandamiento de la caridad es un mandamiento, una obligación para todos, el mayor de los mandamientos. La encíclica del 26 de enero de 1923, a propósito de estas palabras: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt., 5,48), dice expresamente: «Este mandamiento obliga absolutamente a todos, sin excepción alguna». No se puede, pues, hacer diferencia entre obligaciones de los mandamientos, a las que todos deben prestar obediencia, y la caridad o aspiración a la perfección, que se mueve en el campo de la libertad, y que, por consiguiente, concernería a pocas personas.

La distinción que hemos formulado entre «mandamiento que señala una obligación que cumplir» y «mandamiento que enuncia un fin que hay que procurar» parece la mejor<sup>4</sup>. La sigue Häring en su libro *La ley de Cristo*.

Los mandamientos que enuncian deberes que se deben cumplir —por oposición a los que indican fines que se deben perseguir— son los que expresan alguna prohibición u obligan a una acción determinada (la mayoría de las veces, exigencia mínima) y puede observarlos cualquiera que se lo proponga seriamente (v. gr., los diez mandamientos, los preceptos de la Iglesia). Trazan los límites extremos dentro de los cuales debe desenvolverse la vida del cristiano y crecer hasta llegar a la imitación de Cristo.

Los mandamientos que enuncian un fin que se busca alcanzar son los

<sup>4</sup> Cf. *Katechetische Blätter*, 1946, p. 22.

que obligan a hacer actualmente algo cuyo pleno cumplimiento —a diferencia de los mandamientos que exigen un deber factible— sobrepasa las posibilidades actuales, y que por consiguiente aspiran a verse cumplidos en el futuro (mandamiento de la caridad, de la perfección —Mateo, 5, 48—, exigencias del sermón de la montaña, etc.). Derivan de la necesidad de dar una respuesta vital a Dios, infinitamente santo y lleno de amor, que nos ha hecho hijos suyos y nos santifica por su Espíritu<sup>5</sup>.

Reducir la vida cristiana al cumplimiento de los «mandamientos que enuncian deberes que cumplir» es inconciliable con la naturaleza de la vida cristiana, entendida tal como la hemos expuesto.

Además, *desde el punto de vista pedagógico*, no se puede poner únicamente ante los ojos de los niños y adolescentes la meta mínima, sino la imagen conjunta de la vida cristiana. Los niños la asimilan del modo más natural, y la vida de hijos de Dios cobra todo su significado normal. Los adolescentes y mayores ven descorrerse ante sus ojos un panorama sugestivo, al que Dios les llama, y que despierta sus nobles tendencias, o les ayuda al menos a conseguir un nivel medio seguro.

#### 9. *La «vida de unión con Dios» en el examen de conciencia.*

Cualquier cuestionario o medio que propongamos a pequeños o adultos para hacer su examen de conciencia debería llevar como primer título: «Vivir unidos con Dios.» Si, como primera cuestión, se propusiera, v.gr., obligaciones religiosas particulares, la mayoría de los fieles se ceñirían exclusivamente a ellas. Por ejemplo, «Creer y orar»: muchos fieles dirán que creen todo lo que la Iglesia cree y pensarán sólo en si han omitido las oraciones cotidianas o las han rezado mal. Se contentarán con saber en qué han violado los mandamientos, sin preguntarse si han vivido, y en qué medida, como hijos de Dios y si no están en deuda con El. Mas si les ponemos en cabeza como título «Vivir unidos con Dios» y añadimos algunas preguntas sugeridas por el parangón antes citado, fijarán su atención no sólo en el mandamiento particular, sino en Dios y en las relaciones que nos unen a El, y se preguntarán si han tenido vida de unión interna. Y notarán quizá que no se han preocupado de Dios y le han excluido secretamente de sus pensamientos y obras, no han contado para nada con su Providencia, ni dándole gracias, ni intentado conocer sus designios, y que, por tanto, han ido orientándose insensiblemente hacia la incredulidad, sin que por

<sup>5</sup> Cf. *Katechetisches Wörterbuch*, Herder, Freiburg.

eso violaran algún mandamiento explícito. Al arrepentirse y formar propósito, no se convertirán sólo al cumplimiento de los mandamientos, sino al Dios vivo.

Lo mismo ocurrirá en el examen de sus *relaciones indirectas* con Dios, esto es, en el comportamiento con las criaturas. Tampoco se trata aquí de atenerse taxativamente a lo preceptuado en cada mandamiento, sino de acomodar, en el trato con el mundo y las personas, nuestras miras a las de Dios; siendo administradores y siervos suyos; imitando sus sentimientos en nuestras relaciones con el prójimo; tratando, en fin, de organizar el mundo y la sociedad según el pensamiento divino, como lo hace un buen hijo encargado, por un tiempo, de la gerencia del negocio o fábrica de su padre. Esta obediencia que mira mucho más lejos de los mandamientos específicos, constituye una actitud fundamental que entra como elemento imprescindible en todas las relaciones con Dios. Porque es la única manera de que el hombre marche verdaderamente al lado de Dios, se le entregue, le ame y quiera organizar toda su vida con El. Sólo así se comporta como verdadero hijo o hija de Dios. De este modo, ateniéndose a este santo y seña de «Vivir unidos con Dios», muchos cristianos llegarán a adquirir la verdadera dimensión de la vida cristiana, y reconocerán sus faltas reales en el examen de conciencia.

#### 10. *Panorama ascético de niños y seglares.*

Finalmente, la vida de unión con Dios es importante para hacer progresar en las vías de la santidad a niños, adolescentes y adultos. Cuando el fiel indaga los medios para adelantar en la perfección cristiana, suele indicársele, a más de la oración, el sacrificio. «Es cuestión de oración y sacrificio», se le dice. Por sacrificio se entiende, las más de las veces, un acto penoso, de renunciamiento. El adelantamiento espiritual se le ofrece entonces como algo enojoso y nada grato, apartamiento y recesión de las criaturas, y represión de la propia naturaleza.

Pero si a nuestros cristianos les indicamos, como camino de perfección y campo de sus esfuerzos y ejercicio (ascesis significa «ejercicio»), la unión con Dios, se orientarán al punto hacia lo fundamental, que es la conversión a Dios, la atención y amor crecientes a su divina voluntad, vivir penetrados del amor de Dios y del prójimo. El ejercicio ya no se convierte entonces en el sacrificio imaginado o en la pretendida victoria sobre sí mismo, sino, v.gr., en

el esfuerzo de atención mayor para recibir con gratitud todos los bienes como venidos de Dios. El ejercicio no versa sobre un medio de santidad, sino sobre la práctica de la vida espiritual misma. Así, el fin se trueca en positivo y el sacrificio pasa disfrazado, como envés del acto positivo.

Esta táctica impide, además, en los niños y adultos esa falsa huida o repudio del mundo, volviéndolos, en cambio, hacia él, pero con el espíritu de Dios que los santifique y ayude a realizar los designios divinos.

El mundo que habitamos los mortales es nuestro lugar de trabajo, cuya responsabilidad se ve comprometida a través de nuestra profesión, que ejercemos en calidad de administradores y con obligación de hacer apostolado.

Dicha ascesis no es un ejercicio artificial imaginado, sino la práctica desinteresada y leal del amor al prójimo y el cumplimiento de la misión que Dios nos ha confiado de transformar el mundo. Esta actitud frente a lo creado preludia la santidad personal, puesto que hacemos nuestra la solicitud de Dios para con el mundo y nos determinamos a obrar según sus miras. Nos asemejamos a Dios, al participar de su solicitud paternal, que quiere la prosperidad de la criatura, la paz y la victoria sobre las miserias corporales y espirituales. Todo esto exige sacrificios, sin que se busque lo desagradable por sí mismo; se aguanta, como reverso de la acción buena.

He aquí una ascesis sana en su origen. Dios no quiere lo que es difícil en sí, sino el bien, sea fácil o difícil. No pretende Dios simplemente el apartamiento del mundo, puesto que éste exige atenciones necesarias dictadas por la caridad; nos pide, más bien, que amemos el mundo como Dios lo ama y le prodiguemos nuestra ayuda. Tampoco se propone constreñir nuestra naturaleza, sino que dominemos nuestro egoísmo y los instintos culpables.

La auténtica ascética juvenil, pues, subraya continuamente la *oportunidad de vivir la unión con Dios y la ocasión de realizar el bien*. No subestima la práctica del renunciamento voluntario, pero afirma que lo fundamental es ejercitarse en vivir constantemente esa unión con Dios, descubrir y realizar nuestra misión en el mundo según Dios. De este modo, la Persona de Dios se constituirá paulatinamente en centro de nuestros pensamientos y decisiones, de todo nuestro sentir y vivir, hasta el punto de que veamos a Dios en todo, nos guiemos por su amor únicamente y Dios sea en todo nuestro todo.